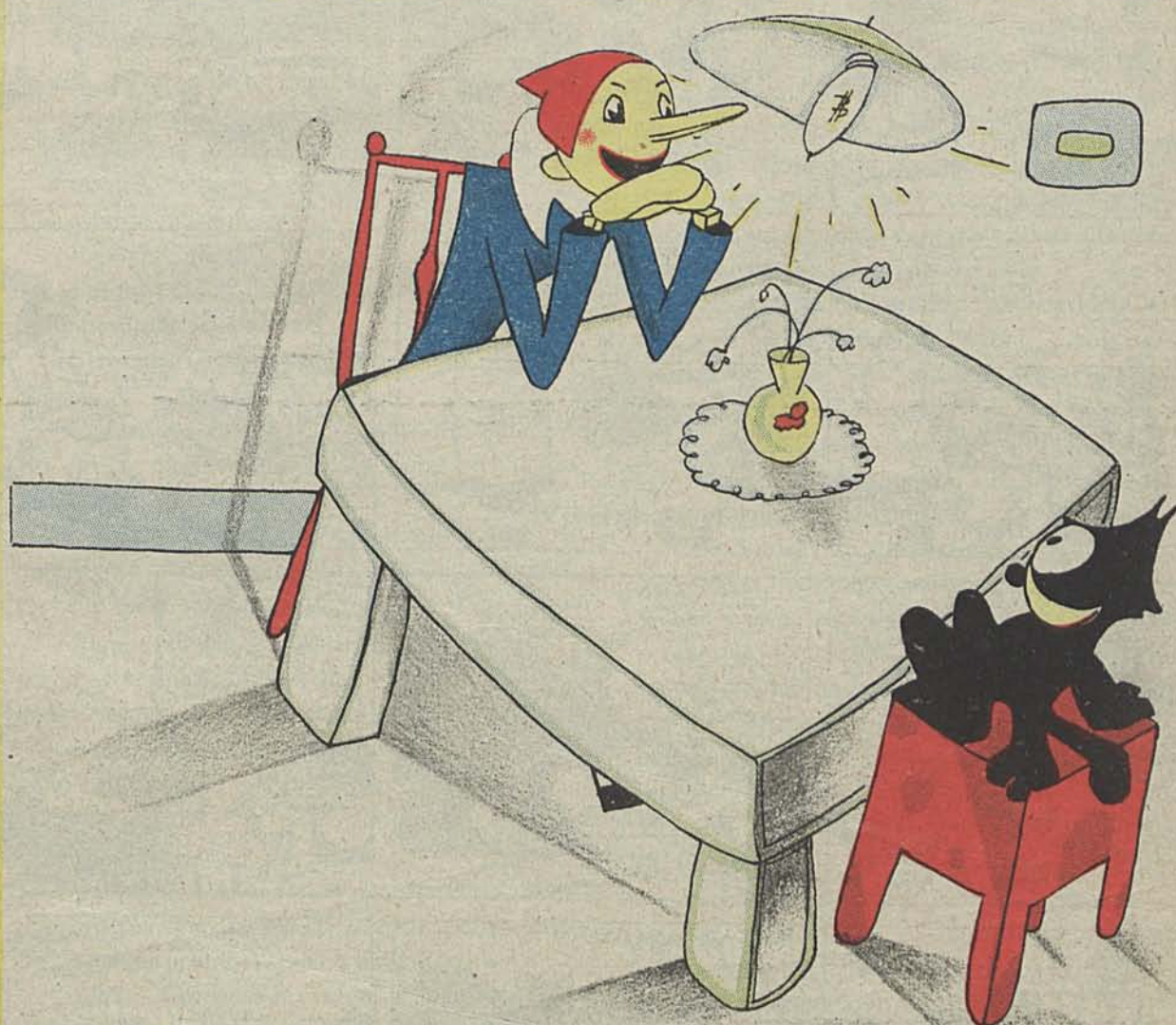


# PINOCHO

AÑO VI  
NUM. 298

25 cts

2 NOVIEMBRE  
1930



-VAMOS A VER CÓMO ANDAS DE GRAMÁTICA: HOY LUCE  
EL SOL. ¿EN QUÉ TIEMPO ESTÁ ESTO?  
-¡TOMA! EN BUEN TIEMPO.



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS.; OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







(Continuación)

—¿Y bien?  
—preguntó  
Harris,  
mientras  
John regis-  
traba la hier-

ba con el cañón de su carabina.

—Aquí había dispuesta una emboscada.

—¿Contra nosotros o contra el correo?

—Contra el correo, supongo.

—¿Habrá más lazos?

—Probablemente.

—Entonces, los caballos salvajes que hace poco pasaron galopando...

—Saltarían, como los nuestros—dijo el *gambusino*.

—Poned los caballos al paso—dijo John—. No quiero que se rompan las patas, y menos ahora. ¿Eh?...

En lontananza se oyó un sordo ruido, al cual siguió una columna de humo negro que se elevaba en la dirección de Kampa.

—Parece que ha hecho explosión algún depósito de municiones—dijo Harris—. Crecer amigo John, que el fuerte ha volado.

—Puede ser—dijo el *Indian-agent*, con el ceño fruncido.

—¿Seguimos?

—Sí.

—Vamos, pues, a ver si los *chayennes* son más crueles que los *sioux*, porque estoy cierto de que muy pronto vamos a encontrarlos.

—¡Calla, y prepara los lazos! ¡Tal vez no sean ellos todavía!

Aquella segunda nube de humo se había disipado casi de repente, prueba de que la originó una explosión y no un incendio.

John, sin embargo, poseía un espíritu de

orientación tan maravilloso como el de los propios indios, los cuales son tan excelentes expedicionarios que viajan sin necesidad de brújula. Por esta razón, el gigante estaba seguro de guiar sin equivocarse a sus compañeros hasta la estación del correo.

Después de haber hecho recorrer a los caballos una distancia de quinientos metros, siempre al paso, para evitar tropezar con algún lazo, los cuatro jinetes emprendieron el galope.

El sol desaparecía rápidamente, y la oscuridad comenzaba a envolver la pradera. Los pájaros nocturnos comenzaban a salir de sus nidos, batiendo sus alas de crepón.

Dentro de pocos minutos, la oscuridad sería completa en la peligrosa llanura, y aun no se veía Kampa, la estación tan deseada por el *Indian-agent*.

—¡Espoleadlos sin piedad!—gritaba John—. ¡Todo, antes que acampar al aire libre, rodeados como estamos de *chayennes*!

Recorrieron otro par de millas a galope tendido y con los rifles pronto a hacer fuego, pues temían a cada instante una de las traidoras sorpresas de los indios, cuando vieron desfilar entre las altas hierbas media docena de monumentales furgones arrastrados por cuatro y seis caballos, y que sirven a los emigrantes para recorrer la pradera cuando tratan de fundar factorías, o tentar a la fortuna entre los *placeres* de California.

—¡Emigrantes!—gritó John—. ¿Adónde caminan?

Al ver a los cuatro jinetes, los conductores de los furgones pararon, gritando:

—¿Quién vive?

Eran quince o veinte, parte *squatters* y parte voluntarios de la frontera. Bajo los toldos de los carros se veían aparecer cabezas de mujeres y de chiquillos.



—¡Amigos!—respondió prontamente John, al ver que los viajeros apuntaban—. ¡Soy el *indian-agent* del coronel Devandell!

—¿Del coronel Devandel?—gritó una voz.

Un viejo todavía fresco y que ostentaba la divisa de los voluntarios con el grado de sargento se adelantó del grupo de los *squatters* y llegó cerca de los cuatro jinetes.

—¿De dónde venís?—preguntó.

—Del Laramie—contestó John.

—¿Sois fugitivos?

—¿Por qué preguntáis eso?

—¿No sabéis que los *sioux* han destruido completamente la columna del coronel?

—¿Cuándo?—preguntaron a una con doloroso estupor John, Harris y Jorge, mientras una perversa sonrisa contraía los labios de *Nube Roja* y de Minnehaha.

—Ayer, antes del alba—respondió el sargento.

—Nosotros salimos del campamento veinticuatro horas antes—dijo el *indian-agent*—para cumplir una misión del coronel. ¿Por quién habéis sabido que la columna ha sido destruida?

—Por un voluntario que ha pasado por Kampa para llevar la noticia a San Luis: creo que sea el único superviviente.

—¿Y el coronel?

—No sé nada.

John miró con espanto a los dos cazadores, que estaban pálidos de emoción.

¿Habéis oído, camaradas?—les preguntó con voz conmovida.

—¡Demasiado bien!—dijo Harris.

—¡Ha sido la terrible Jalta la que ha dado el golpe! ¡Sabía que era el coronel el que mandaba la columna! ¿Qué habrá sido de aquel desgraciado? ¿Le habrá cogido vivo? ¡Oh! ¡Preferiría que hubiera muerto a la cabeza de sus valientes!

—Los hombres de su temple no se dejan coger vivos—dijo el sargento—. Debe de haber sido muerto.

*Nube Roja* y la muchacha cambiaron una mirada; pero no pronunciaron palabra.

—¿De dónde venís?—preguntó el *indian-agent* al sargento.

—De Kampa. He incendiado la estación, y ahora trato de poner en salvo a la guarnición y a las familias de los *squatters* hacia California. Los *chayennes* están ya en el campo, y los *sioux* tienen el paso libre. ¿Qué iba a hacer? ¿Esperar la muerte? Prefiero intentar la retirada, aunque no ignoro que más tarde o más temprano habré de encontrarme con los *arrapahoes*, que vienen del Lago Salado.

—Creo que habéis hecho bien—dijo John—. ¿Cuántos sois?

—Veintisiete comprendiendo las mujeres y los niños.

—Y cuatro, hacen treinta y uno, sargento, si queréis que nos unamos a vosotros.

—¡Con mucho gusto!

—¿Y estáis cierto de que los voluntarios del coronel Devandel que defendían la garganta han sido todos muertos?

—Sí.

—¡Cosa increíble!

Por las bronceadas mejillas del *indian-agent* resbalaron dos lágrimas.

—¡Bahl!—dijo, encogiéndose de hombros—. ¡Esta es la vida de las praderas! Pero, como siempre, nos vengaremos de estos malditos *pieles rojas*.

—Señores—dijo el sargento, después de haber conferenciado con algunos *squatters*—, contamos con vuestro valor y con vuestras carabinas.

—¡Desde luego!—respondió John—. Aunque nosotros vamos hacia el Lago Salado, si no os somos molestos, nos incorporamos a vosotros.

—¡Sed bien venidos!

El sargento lanzó un grito gutural, y los seis pesados furgones, cargados de muebles y objetos, pues los colonos habían puesto en salvo lo mejor que poseían, se pusieron en marcha, haciendo chirriar las macizas ruedas, que carecían de cercos y de rayos.

Los cuatro jinetes se colocaron a retaguardia, junto al sargento.

(Continuará en el próximo número.)





# COLORÍN y su PANDILLA



¡ES QUE HA IDO A RECOGER EL UNIFORME QUE SE HA ENCARGADO!



¡SI! ¡SI! ¡Y TRAE PUESTO EL UNIFORME!



?

¿EH?

¡JA! ¡JA!



¡ESE UNIFORME PARECE DE GUARDARROPIA Y EL GÉNERO ES MALÍSIMO!



¡QUÉ HORROR!

¡NO ENTENDEIS UNA PALABRA!



¡ME PONDRÉ LO QUE QUIERA PUES POR ALGO SOY EL CAPITÁN; Y DONDE HAY CAPITÁN, NO MANDA MARINERO!



¡YO NO DEBO ABANDONAR EL PUESTO!



¡ANTE TAL REQUERIMIENTO ABANDONO MI PUESTO! ¡QUÉ SINO...!



¡LA DISCIPLINA, POR LOS SUELOS!

¡QUÉ VA A SER UN CAPITÁN! ¡ES UN MONO DEL PIM, PAM, PUM!



¡YO YA NO SOY COLORÍN! ¡SOY EL CAPITÁN!





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Qué quieres saber hoy, curioso Chonón?  
—Hoy quiero saber, amigo buho, si es cierto que se puede volar con aeroplanos sin motor.

—Ciertísimo.  
—¿Y cómo se sostienen entonces en el espacio?  
—Planeando y conociendo muy bien los movimientos de las distintas capas de aire.

—¿Quieres que charlemos hoy sobre este tema?  
—Me parece muy bien. La primera pregunta que te he hecho ha sido la de ¿qué quieres saber hoy?

—Dime, pues, lo que sepas acerca de este curioso medio de volar.

—En Alemania, es donde con más intensidad se estudia para resolver el problema de vuelos sin motor. Como quiera que por el Tratado de Versalles no pueden los alemanes construir aviones durante un determinado período de años, dedica Alemania sus esfuerzos al estudio científico de aparatos planeadores, es decir, aviones sin motor, semejantes a los que ya se construyeron por los precursores de la aviación.

—¿Hace ya muchos años que se hicieron ensayos de esta clase?

—En 1893 el alemán Otto Lilienthal fué el primero que probó de modo indudable la posibilidad de volar simplemente con unas alas si bien, el desgraciado, encontró la muerte en una de sus arriesgadas experiencias. El ejemplo de Otto fué seguido por ingleses y norteamericanos. La construcción de un aparato planeador requiere muchísimos más cuidados que la de un avión con motor.

—Y a simple vista parece lo contrario.

—El acierto en su centro de gravedad, su ligerísimo peso, la finura de sus alas, su equilibrio, y en fin, todos sus detalles, exigen un detenidísimo estudio. En los aviones corrientes el motor ayuda a resolver estos problemas, pero en los planeadores no hay otra fuerza motriz que la de los pies del piloto y esto es bien poco en relación al tamaño del aparato.

—En cambio como no tienen motor se manejarán con menos complicaciones.

—Estás perfectamente equivocado, mi buen Chononcito. El manejo de un aparato planeador es cosa muy difícil y requiere una destreza y sangre fría poco corrientes. Son muchos los pilotos que durante las experiencias han perdido la vida. Para estos experimentos se necesitan colinas de pendientes suaves sobre las que sople el viento y, a ser posible

que éste lleve la dirección de abajo a arriba. Estas condiciones son, como comprenderás, difíciles de encontrar. Los aparatos están provistos bien de ruedas bien de patines, pero algunos no tienen ninguna de las dos cosas.

—¿Cómo se las arreglan éstos para aterrizar?

—Muy sencillamente; el piloto lleva el aparato sujeto a sus espaldas y se remonta tomando carrera contra el viento y descendiendo por la pendiente de la colina.

El modo más corriente de elevarse estos aparatos, (claro que los de ruedas o patines) es el siguiente:

Dos hombres sujetan el avión por las alas, y de la parte delantera del planeador arranca un cable sobre el que va montado un poderoso muelle elástico el cual se pone en tensión. Cuando se calcula que esta tensión es la conveniente los que sujetan las alas dan suelta al aparato el cual adquiere velocidad por la fuerza del muelle, el cual acaba, mediante una maniobra del piloto sobre las alas, lanzándolo al espacio. Algo semejante al dardo que sale despedido del arco por la elasticidad de la cuerda y del soporte.

—Me has dicho que el aparato puede tener patines en vez de ruedas.

—Exacto.

—¿Y no se clavan los patines en tierra?

—No ocurre tal cosa porque el aparato que tiene este dispositivo se desliza sobre una rampa enjabonada.

Hay otra clase de vuelos más peligrosos todavía que estos de los planeadores

—¿Más todavía?

—Más aún. Son los llamados vuelos a la vela.

—Explicame de qué se trata porque no entiendo ni una palabra.

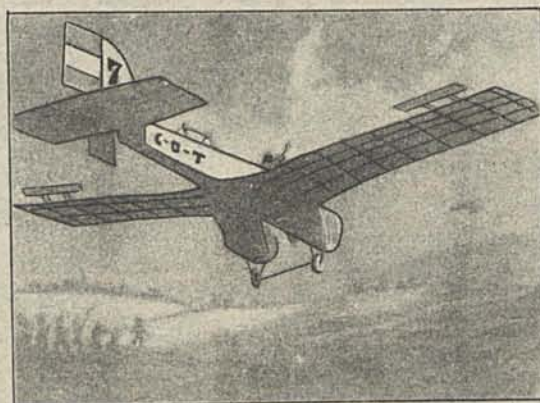
—Se llaman vuelos a la vela los que realizan muchos de los grandes pájaros, entre ellos el águila y el milano, que con las alas rigidamente extendidas, sin batirlas, permanecen horas y horas en el aire, trasladándose de un lugar a otro, subiendo, bajando, moviéndose, en fin, a su antojo, sin otro empuje ni otro sostén que la energía interna del viento. Pero no ha habido hasta ahora ningún piloto capaz de arrancar al viento el secreto de su energía.

—Y en cambio las aves...

—Demuestran una mayor habilidad que todos los pilotos juntos ¿no te parece?

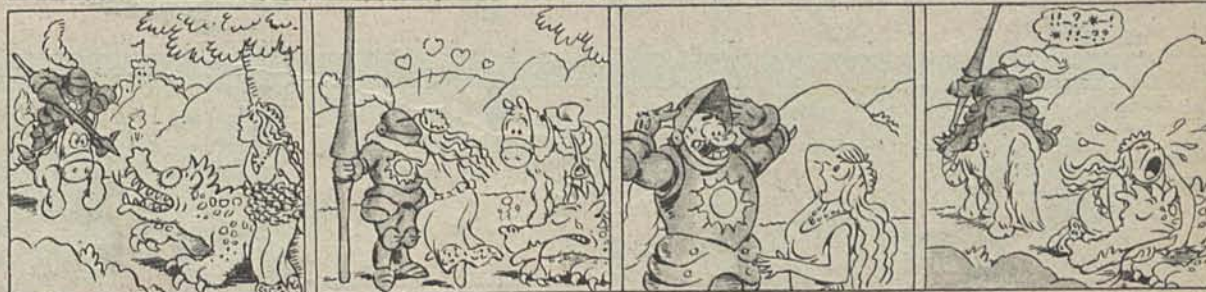
—Eso es indudable. ¡Quién fuera pájaro, amigo buho!

—Si fueras pájaro dirías ¡quién fuera niño, querido Chonón!





# GRAN CINE TINITONESCO





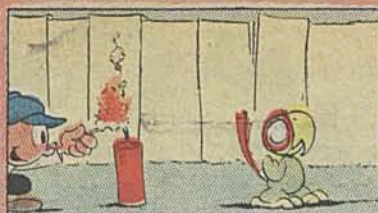


# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

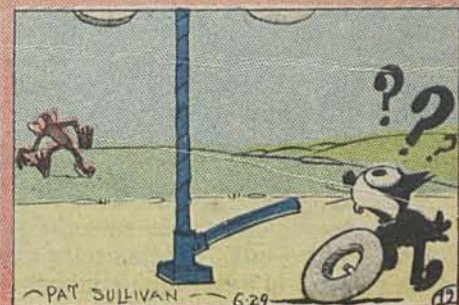
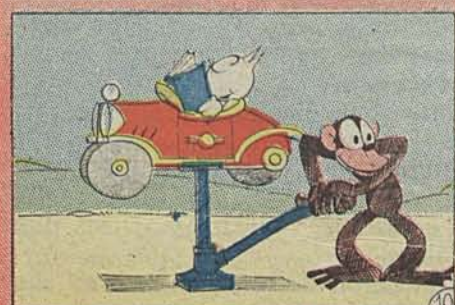




**LAURA  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA**



**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**





# CUENTOS DE CALLEJA

## LA LUCIÉRNAGA

Castillo



La noche de un caluroso día de verano hallábase la pobre María sentada junto a una ventana, y con entristecidos ojos contemplaba el frondoso jardín de su casita.

Los últimos rayos del sol poniente despedían débiles reflejos purpúreos y escarlata, y la luna surgía por Oriente gallarda y majestuosa.

Fernandito, niño de corta edad, estaba reclinado en el regazo de su madre, y miraba a ésta con sonrisa dulce y cariñosa.

Cuando el sol se hubo hundido por completo en el ocaso, María abandonó la ventana y, suspirando débilmente, se dispuso a cenar.

Pero la pobre mujer se hallaba tan abatida que no pudo probar bocado.

Fernandito también estaba triste, y... al ver que su madre lloraba, lloró con ella, y, ambos sollozando, se abrazaron tiernamente.

El motivo de la pena que a María embargaba era muy fácil de explicar.

La primavera anterior había muerto Juan, el esposo de María.

Era aquel un joven muy apreciado de todos por su bondad y cariñoso trato, el cual había reunido, a fuerza de constante y honrado trabajo, unos pequeños ahorros con los que adquirió la casita y el jardín que actualmente habita María.

\*\*\*

Poco tiempo vivieron los dos esposos felices y contentos, pues se desarrolló en el país una terrible epidemia, de la cual fué víctima Juan, quien murió a los pocos días.

Fué tan rudo el golpe que María recibió con la muerte de su marido, que se puso gravemente enferma; pero Dios la salvó, sin duda para que velase por su hijo Fernandito.

Para que su desgracia fuese aún mayor, se vió María amenazada de perder su pobre vivienda.

El arrendatario en cuya casa había trabajado Juan quiso recompensar a éste su celo y actividad, y le adelantó ochocientas pesetas para que pudiese comprar la casita y el jardín que conocemos.

Juan se comprometió a devolver la suma recibida, entregando a su arrendatario veinticinco pesetas anuales en dinero y otras veinticinco en jornales. Cumplió exactamente su compromiso; pero, al morir, dejó aún por pagar unas cien pesetas.

Desgraciadamente, poco tiempo después de Juan murió también su protector; y los herederos de éste encontraron entre sus papeles el crédito de ochocientas pesetas firmado por Juan, y, como no conocían el asunto, exigieron de María la entrega de toda la cantidad.

Aun cuando la pobre viuda afirmó que su marido no debía más que cien pesetas, nadie la quiso creer, y fué condenada a pagar toda la suma, para lo cual tenía que vender su choza y su jardín.

\*\*\*

Al día siguiente debía efectuarse la venta, y este era el motivo que entristecía profundamente su alma.

—¡Dios mío!—decía la desconsolada mujer—, ¿será posible que me que me quede sin el único recurso de mi vida? ¿No podrá ya comer mi Fernandito ninguna fruta de los árboles que su padre plantó y cuidó para él con tanto esmero? ¡Mañana tendremos que salir mi hijo y yo de esta casa y no habrá nadie que nos proteja!

Estas consideraciones abismaban en el dolor el corazón de la viuda.

Fernandito, al ver el abatimiento tan grande de su madre, la dijo:

—No te aflijas mamáita mía; acuérdate que poco antes de morir nos dijo papá que Dios es muy misericordioso y no abandona nunca a quien de Él se acuerda. ¿No es esto cierto?

—Sí, querido mío—respondió su madre.

—Pues entonces—continuó Fernando—no hay por qué entristecerse: roguemos a Dios y Él nos protegerá.

—Tienes razón—respondió la madre—: elevemos al cielo nuestros corazones y pidamos a Dios que venga en nuestro auxilio.

Madre e hijo se pusieron de rodillas, juntaron sus







manos y elevaron al Altísimo una plegaria.

No habían terminado aún de rezar, cuando Fernandito exclamó lleno de asombro:

—¡Mira, mamá mía, qué cosa más bonital! ¿No es esta una estrellita que se acerca a la ventana? Ya entra en casa y sube por la pared: ¡qué preciosa!

—Lo que estás viendo—dijo la madre—es un gusanito llamado luciérnaga, que tiene la propiedad por las noches de brillar con tan bonita luz.

—Pues mira, mamá—respondió el niño—, yo quiero cogerla: ¿no me quemará?

—No, rico mío—dijo la madre—; puedes cogerla sin temor alguno.

\*\*\*

Fernandito olvidó todas sus penas y fué a coger la luciérnaga; pero, en el momento mismo en que su manecita iba a apoderarse del brillante insecto, éste se metió entre la pared y un gran armario que en el cuarto había.

—¡Qué lástima!—exclamó el niño—. Mira, mamá: separa un poco el armario, y así podré coger a la luciérnaga que se me ha escapado.

\*\*\*

La bondadosa madre fué a hacer lo que su hijo le había pedido; pero, al correr el armario, oyó que caía un objeto al suelo; se inclinó para recogerlo, y ¡cuál no sería su asombro al encontrar el diario en que su marido apuntaba cuidadosamente todos los negocios, y el cual había estado buscando inútilmente para probar al nuevo arrendatario la veracidad de sus palabras!

Se apresuró María a encender una vela, y, como sospechaba, encontró en el libro, perfectamente detallados, los diversos pagos que su marido había hecho a su protector.



Al final del diario se leía lo siguiente, escrito de puño y letra del antiguo arrendatario: «El día de San Martín he recibido de Juan Blum la cantidad de cincuenta pesetas; por consiguiente, mi colono no me queda ya a deber más que ciento».

Fué tal el contento que con el hallazgo recibió María, que no

cesaba de dar gracias a Dios.

Fernandito empezó a cantar y a bailar de alegría, y dijo a su madre:

—Mamaíta, este hallazgo se debe a mí; pues si yo no te hubiese dicho que separaras el armario, no hubieras encontrado este cuaderno.

—Tienes razón, hijo querido—respondió su madre conmovida; pero no debes olvidar que si tú me dijiste lo del armario, fué porque detrás de él se escondió la luciérnaga; en esto, como en todo, tienes que ver la inmensa bondad de Dios, que vela sin descanso por los pobres infelices que de Él se acuerdan.

\*\*\*

Al día siguiente, muy de mañana, fué María a casa del juez que la había condenado y le hizo entrega del precioso documento.

El recto magistrado hizo comparecer al instante al nuevo arrendatario a su presencia, y, después de enseñarle el diario, le dijo:

—Ninguna duda cabe, en vista del escrito de vuestro antecesor, de que habéis acusado injustamente a esta pobre viuda, la cual puede condenaros por haberla calumniado.

El arrendatario comprendió todo lo cruel de su conducta, y, para reparar en algo su mal proceder, perdonó a María las cien pesetas que, según el diario, le era en deber.

Entonces dijo el juez:

—Bien claramente se ve en este asunto la mano de Dios: confiad siempre en Él, y todo lo demás se os dará por añadidura.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mi perro.—María Isab



Cabeza  
E. López Jordán



El vencedor.—José Baca Muñiz



Una mariposa.—Antonio Rico



Un burro  
C. Santurtun



Fortaleza.—Tomás Brito



Mariposa  
María Cruz Fortanet



Castillo.—J. Aigarra



Tecla.—M. N. V.



Cristo  
José Bermúdez



El maestro de Currinche  
Victoriano Romero



Chispita  
A. Jiménez Montilla



Cabezas.—Titi Pérez



Paseo.—A. Quijada



Chonón  
Carlos López



S. M.  
Agustín Jiménez



Mi hermana  
M.ª Luisa G.



En el jardín  
M.ª Luisa G.



Mi perrito  
Gerardo Bujanda



Mi hermano  
M.ª Luisa G.



Mi hermanito  
Teodoro G. de Zárate



Mi amigo  
Pilarín Prosper



Don Turulato  
Emilio Fernández



Carabela  
Carlos R. de las Cuevas



Un barco del siglo XVI  
Carlos Bello



Dibujo  
Jesús Orcazarán



Un guerrero  
Un desconocido



Batallas navales  
Joaquín Escayola



Pawnee Biel  
M. Martínez



Don Turu  
Concha Pastor



Madre e hija  
Julita Amelia Usó



Una oriental  
Teodoro G. de Zárate



¿Se casará?  
C. Medina



Pinocho  
militar  
Isidoro Real



Mi hermana mayor  
Lucila Clavijo



Currinche  
Virgilia Mutillo





Un buen pase  
José García Reyes



La iglesia de mi pueblo  
Vicente Guireu



Viva Pinocho.—José J. Díaz



Pinocho contra Chapete  
Antonio Muñoz



Retrato al óleo  
Nicanor Antonio Usaz



MI Jardinera  
M.<sup>a</sup> Luisa G.



Apunte  
Vicente González



Extracción del corcho  
Isidoro Palacio



La florista  
J. Amalia Usez



Belleza argentina  
Raquel Artada



Pinocho.—T. Serra



Paisaje.—José M.<sup>a</sup> Pou



Don Turu  
Alberto Rubio



Nuestra casa  
Pirula Borrell



Un pájaro  
Antonio Muñoz



Una barca  
Román Alanón



Un elefante  
Jesús Orcazarán



Amanecer  
Dora Margarita Díez



MI tío Hilario  
Alberto Rubio

## Concurso de problemas y pasatiempos del mes de Mayo

Premios consistentes en libros de preciosos «Cuentos de CALLEJA».

Primer premio.—Félix Gómez.

Segundo premio.—Adela Viniegra.

Tercer premio.—Asunción Romeu.

Cuarto premio.—Pepe del Valle.

Quinto premio.—Leandro Seguros.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Luz Gomila, Antonio Santos, Ginés de la Cueva, Pepito Ballesteros, M.<sup>a</sup> Luisa Canchales, Teresita Romeu, Antonio Ascar, Antonio Romero, Antonio Menéndez, Pepito Antolinez, Aurea Fernández-Macho, Alberto Bailón, Federico González y Aurora del Olmo.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accésit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

## Premios a la colaboración pinochista del mes de Mayo

Premios consistentes en libros de preciosos «Cuentos de CALLEJA».

Primer premio.—Teodoro G. de Zárate.

Segundo premio.—M.<sup>a</sup> del Carmen Echániz.

Tercer premio.—Manolo Martín.

Cuarto premio.—Vicente Monuneneu.

Quinto premio.—Alfonsito Sancho.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

José Arias, Leonor Mampaso, A. Bobo, Lolita González, Gonzalito Navarro, Manrique González, Juan Barceló, Carmen Dalusau, Elena Robles, Enrique Arias, A. Núñez, Luis González, Luisito Sanz de Andino, Salvador Pérez, Claudina Rodríguez, Angel Zudaire, Luciano Ramírez, Felipe de Pedro, Celestino Grainá, Estanislao Chaves, J. Garendell, T. G. Donell, Antonio Valcárcel y José Luis Echániz.



## A black and white illustration showing a rickshaw being pulled by three rabbits. The rabbits are harnessed together and are running to the right. The rickshaw has a large wheel and a canopy. The background shows a simple landscape with trees and a path.



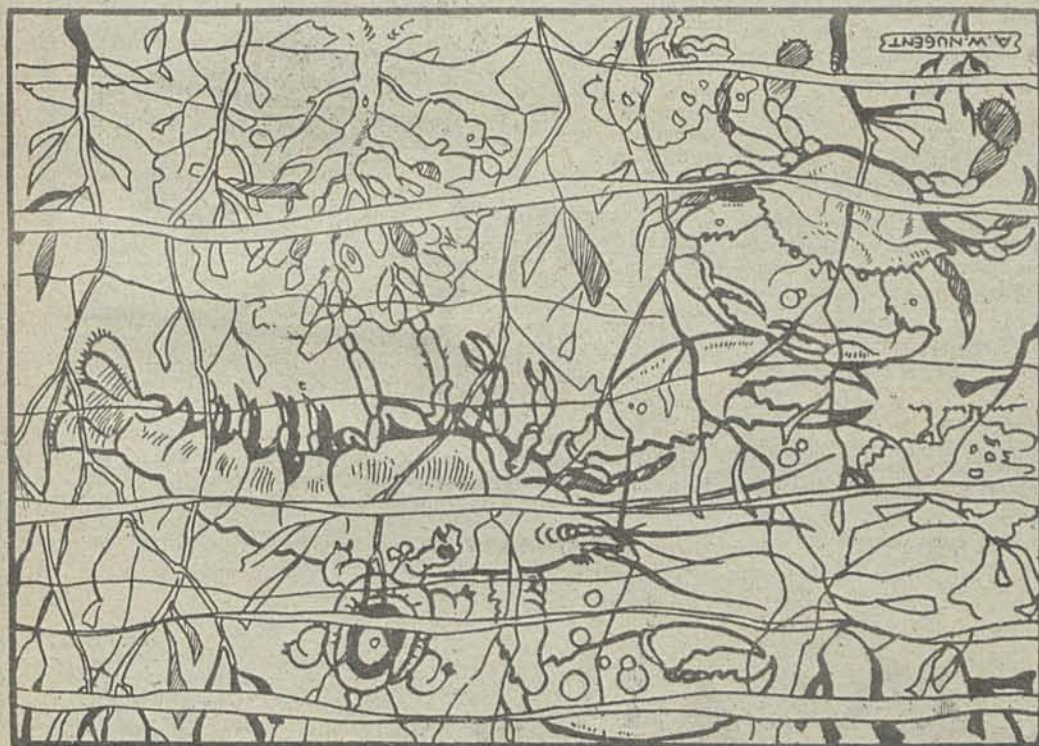


# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

## DEL MES DE NOVIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

### LOS CUATRO PECES



En el mar ¿qué suele haber?

—Pescados— diréis.

—Efectivamente— digo yo también. En el mar hay pescados.

Por lo tanto no tiene nada de particular que en el dibujo adjunto que representa un trozo de mar, haya cuatro peces...

Si vosotros no los véis, buscadlos, porque yo los veo perfectamente.

¡He dicho!

¿Qué pasa?

¿Qué ocurre?

Eso decimos al contemplar el grabado.

¿Por qué muestra ese gesto de asombro ese elegante mono?

¿Qué causa ha motivado el furor de ese intrépido rinoceronte?

¿Por qué motivo saca las uñas ese sabio oso?

Todo, todo lo sabréis si cogéis un lápiz y, después de sacarle punta, trazáis líneas que unan a los números entre sí, pero siguiendo el orden correspondiente.

### ¿QUÉ PASA?



**CUPÓN** DE SOLUCIONES DEL MES 298  
DE NOVIEMBRE

Envío del Pinochista D. ....



# SECCIÓN PIRULA

Charlas de Pirula... pantalera

## LAS FLORES DE CINTA



¿Quién es esta niña que está tan seria y meditabunda, en contemplación ante una lámpara de mesa, pintada de azul?

Parece que la conocemos... ¡claro! como que es ¡Kiki! y la lámpara es la que se fabricó el domingo último con un pie para sombrero que le regaló su mamá, ¿os acordáis?

Kiki está seria y meditabunda porque está pensando que a su lámpara le falta la pantalla.

Nosotros suponíamos que entre la trapería de cosas viejas que Kiki conserva, como sabemos, muy cuidadosamente, encontraría algo, un trasto cualquiera—un cesto de costura o de papeles, un sombrero viejo, aunque fuera un colador de la cocina—susceptible de ser transformado, por su ingenio y habilidad, en pantalla.

Pero no ha sido así; ha buscado, ha revuelto toda la casa inútilmente, y no habiendo encontrado nada se ve en la dolorosa necesidad de comprar hecha, una pantalla nueva.

Digo «dolorosa necesidad», no porque Kiki sea tacaña y la duela gastar algún dinero para el adorno de su cuartito; ni tampoco, porque no lo tenga; precisamente desde hace unas semanas ha reanudado su tratamiento de aceite de hígado de bacalao, gracias al cual engorda y se robustece a la vez su cuerpo... y su bolsillo.

Sí, porque como papá la da diez céntimos por cada cucharada que toma...

No, lo que la duele a Kiki no es gastar dinero en la adquisición de una pantalla; lo que la duele es poner en su cuartito un objeto en cuya confección ella no haya colaborado.

Esto que resulta desagradable para cualquier Pirulinda digna de este título, toma para Kiki caracteres de verdadera catástrofe.

No, no, ella no puede consentir en colocar en su cuarto—entre los muebles que ella ha pintado y decorado, la colcha, los almohadones y las cortinas que ella ha bordado, y los diversos objetos que ella ha fabricado o adornado, aprovechando toda suerte de deshechos—una pantalla comprada tal cual; a lo sumo, consentirá en comprar los elementos para confeccionar una, que si no resulta más económica que comprada hecha, en todo caso resultará más original y será más «suya».

Sólo le falta tener el modelo, pero como a Dios gracias, Kiki está suscrita al «Pinocho», el número de hoy la traerá, en esta misma plana, lo que desea.

El adorno de esta pantalla es un bordado y no lo es; es decir, es un bordado pero puede bordarse por una persona que no sepa bordar, lo cual no es, naturalmente, el caso de Kiki.

La pantalla será de seda lavable azul fuerte—, del mismo color que la pintura del pie—de la cual se cortará la tira recta, necesaria para forrar la armadura redonda.

Se compran tres piezas (puede que baste con tres medias piezas) de cinta estrecha de esa que llaman «cometa». Una es de terciopelo negro o azul muy oscuro; otra de seda azul claro y la tercera de seda rosa.

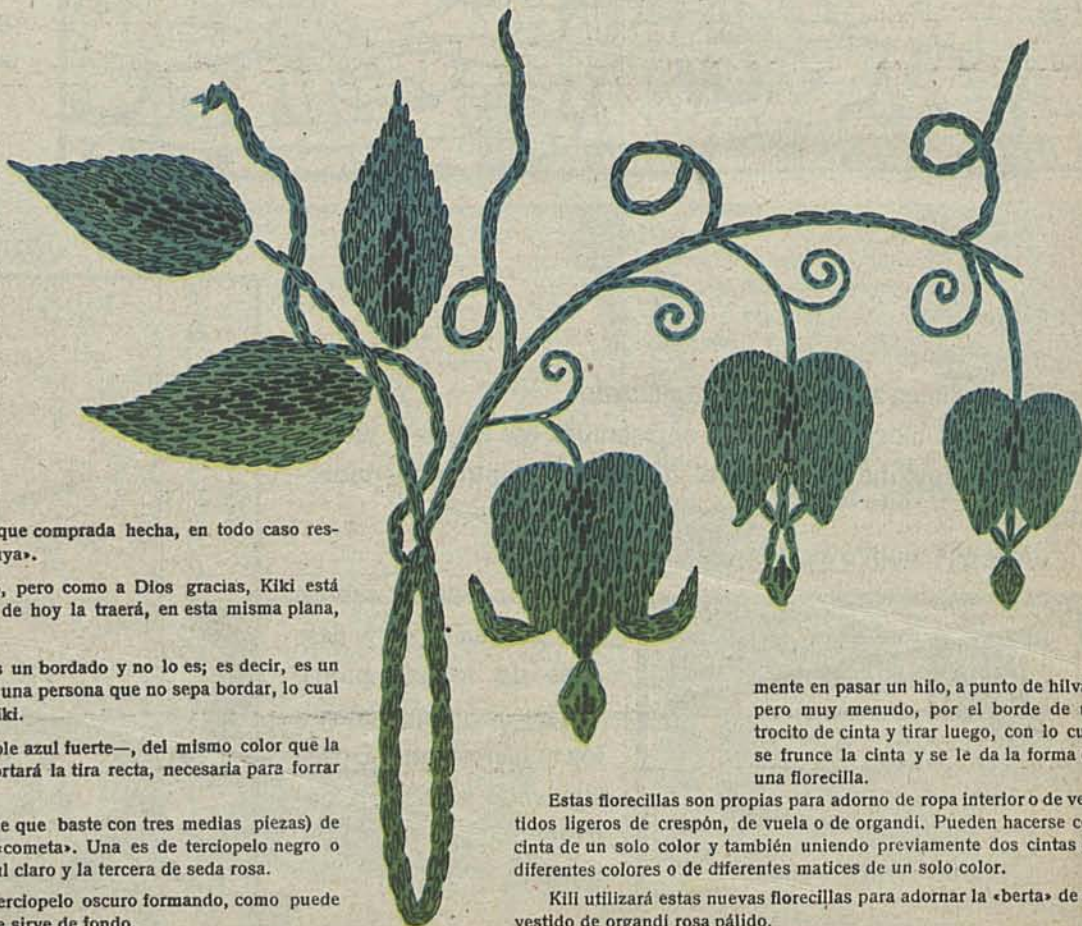
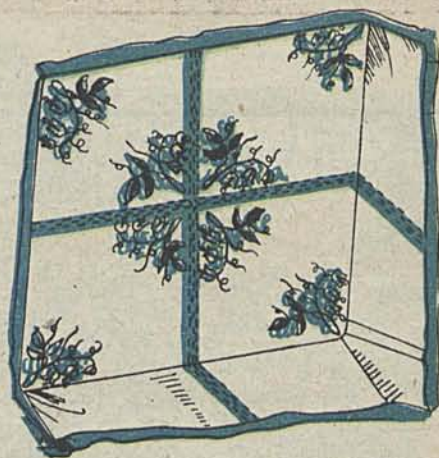
Se pega primero la cinta de terciopelo oscuro formando, como puede verse, un enrejado muy ancho que sirve de fondo.

En cada cruce del enrejado se pega una flor cuyos pétalos se hacen sencillamente con la cinta de seda (unas son azules y otras rosas) y cuyo centro, está formado por tres nudos hechos con grueso algodón perlé, que sujetan los pétalos.

El efecto de las flores de seda rosa, y las de seda azul claro, con la cinta de terciopelo oscuro, sobre el fondo de seda azul fuerte, es delicadísimo y de estilo Pompadour.

Pero he aquí que, terminada la pantalla, a Kiki le han sobrado cintas; (a Kiki y a las demás Pirulindas que hayan copiado este modelo); con ellas fabricará otras flores pero con un fin bien distinto y por un procedimiento que gasta mucha menos cinta, que las flores de la pantalla.

El procedimiento podéis verlo también en esta plana; consiste sencillamente en pasar un hilo, a punto de hilván pero muy menudo, por el borde de un trocito de cinta y tirar luego, con lo cual se frunce la cinta y se le da la forma de una florecilla.



mente en pasar un hilo, a punto de hilván pero muy menudo, por el borde de un trocito de cinta y tirar luego, con lo cual se frunce la cinta y se le da la forma de una florecilla.

Estas florecillas son propias para adorno de ropa interior o de vestidos ligeros de crepón, de vuela o de organdí. Pueden hacerse con cinta de un solo color y también uniendo previamente dos cintas de diferentes colores o de diferentes matices de un solo color.

Kiki utilizará estas nuevas florecillas para adornar la «berta» de su vestido de organdí rosa pálido.